

Maravall, amigo e historiador

Las amistades se fraguan casi instintivamente y se decantan solas. Conocí a Maravall en plena juventud de ambos, y durante bastantes años ninguno de los dos sabíamos quién era el otro. Ignorábamos hasta nuestros nombres y apellidos; a pesar de lo cual, donde quiera que nos tropezáramos solíamos decirnos adiós con mutua y sonriente simpatía. Tengo la casi seguridad de que nuestro primer contacto tuvo lugar en la Universidad de la calle de San Bernardo, en el curso que Ortega dio sobre Galileo; coincidimos en asientos contiguos, que mantuvimos a lo largo de todas las conferencias. Recuerdo que en cierta ocasión salimos juntos del Ateneo y fuimos corriendo por temor a llegar tarde y perder los sitios. También me viene a la memoria que en una de las conferencias se le acabaron a Maravall las cuartillas en que tomaba apuntes y me pidió le prestara algunas. Nos tratábamos de usted, pues entonces no se tuteaba con la facilidad que hoy. No obstante lo cual, nos considerábamos amigos.

Volví a verle en otras ocasiones, siempre en ambientes culturales. Durante la guerra civil nos saludamos un día en el metro de Madrid y, meses más tarde, en Valencia. Él llevaba la cabeza rapada, por lo que su inicial calva parecía mayor. En el segundo de esos encuentros comentamos por alto el exilio de Ortega (éste era el punto de referencia de nuestra relación desde 1933) del que se había corrido la noticia de que estaba en París muy enfermo del hígado (1937). Pero seguíamos sin saber quiénes éramos uno y otro, así como nuestros patronímicos y nuestros respectivos modos de pensar. Más de una vez hemos comentado aquellas circunstancias.

A los pocos años de terminada la contienda española, nos encontramos en algún lugar rodeados de amigos mutuos. Fue entonces cuando alguien, al presentarnos, nos dijo por primera vez quién era cada cual. Por personas muy juiciosas e independientes me enteré de que era catedrático de Historia de España en la Universidad Central y de que poseía muy altas cualidades humanas e intelectuales: bondad, rectitud y honestidad social, no frecuentes en el profesorado de aquellas fechas. Decíase que estaba abriendo nuevos cauces en el estudio de la Historia. Este detalle me interesó mucho, pues yo ya había adquirido la convicción de que la Historia de España —y la universal— que se me había enseña-

do en el bachillerato y en el colegio religioso de Asturias no se parecía en nada a la que yo estaba descubriendo en las charlas, discusiones y conferencias de los círculos culturales de mi juventud madrileña. Por ejemplo, mis coetáneos como estudiantes de universidad procedentes del Instituto Escuela (Institución Libre de Enseñanza) interpretaban los hechos históricos de manera muy distinta y más lógica de como a mí me habían enseñado a hacerlo. Era evidente que la Historia de España que a los niños y adolescentes se proporcionaba sufría malos tratos con viciada complacencia y era bárbaramente atropellada, disfrazada a gusto de unos o de otros. Reyes, guerreros, artistas, sabios y santos eran manipulados a conciencia, envenenando así la formación de los estudiantes. Con personas y con hechos se hacía la Historia; pero los historiadores y los enseñantes la deshacían o la deformaban o la interrumpían cuando y como querían. Que Maravall pretendiera poner coto a tantas tergiversaciones con tal reconocida dignidad era un motivo más para que aumentara mi vieja, espontánea e íntima simpatía hacia él.

El destino hizo que al poco tiempo consultara médicamente conmigo y al depositar en mí su confianza de enfermo se inició entre nosotros una amistad de esas que no necesitan demostración.

El matrimonio Maravall entró así a formar parte del limitado círculo de mis amistades, entonces muy estrechado por las decepcionantes y desconsoladoras experiencias post-bélicas; confirmaron su ejecutoria en graves circunstancias de mi vida. Relato esta intimidad porque pienso hará más comprensible mi conocimiento de su personalidad y para que el lector se explique las razones por las que antepongo la cualificación de amigo a la de historiador en el título de este homenaje en su recuerdo. La reciedumbre de sus sentimientos, su carencia de hipocresía o doblez, su incapacidad para ofender, su fervoroso espíritu de trabajo; y, según fue transcurriendo el tiempo, la firmeza de sus ideas y la obra que realizaba, cada vez más extensa y profusa en temas históricos, sociológicos, filosóficos, artísticos, iconológicos, etc., etc., hacían de Maravall un hombre que difícilmente admitía parangón.

La historiotecnia de Maravall arraigaba en un pensamiento de estirpe netamente orteguiana, macizo, polifacético y disciplinadamente sistematizado, que en todos los temas encontraba conexiones con la fenomenología periférica. Ampliábase así el margen de sus lucubraciones y se multiplicaban las perspectivas hermenéuticas.

Reconozco mi incompetencia para opinar sobre Maravall historiador, cosa que en este mismo número harán sabios especialistas. Pero la obra de un hombre de ciencia no sólo es valorable en función de los datos que aporte al avance de la ciencia en cuestión, sino también por la repercusión o el eco que tenga entre los demás, es decir, en la masa culta media. Para los primeros tal obra representa un progreso científico; para los segundos, un aditamento cultural. Encuadrado yo entre las gentes de este último grupo, puedo confesar que las ideas de Maravall abrieron mis ojos a horizontes nuevos, dejando en mi cultura, indiscutiblemente humilísima, ricos sedimentos. Por esta razón voy a permitirme enjuiciar lo que a Maravall debe la cultura de nuestro país, a través de lo que ha significado para la mía.

En una visión panorámica general, destacan su «teoría del saber histórico», su criterio sobre la «estructura histórica», su noción de la «historia de las mentalidades», su pro-

funda penetración en el terreno social, y su consideración de que todo acontecer histórico es siempre el resultado de la interconexión de innumerables hechos menores antes inconscientemente olvidados. En terrenos ya más concretos, ocupan un primer plano sus prolongados y concluyentes estudios sobre la «cultura del Barroco», internacionalmente reconocidos y recogidos en un prestigiadísimo libro de ese título. A este respecto y en lo que a mi profesión se refiere, merecen ser citadas sus apreciaciones sobre la medicina del barroco y tres capítulos de la *Historia universal de la medicina*, dirigida por Laín. Son también muy interesantes y paradigmáticos de la metódica investigadora de Maravall el modo como en tres grandes volúmenes engrana, desde variadas proyecciones, sus ideas sobre la «Historia del pensamiento»; los argumentos justificativos de sus originales puntos de vista acerca de la Ilustración; su interpretación de la dicotomía entre pobres y ricos y del «medro» como bases de la picaresca; y, ya al final de su vida, el precioso volumen sobre *La literatura picaresca desde la historia social*. Quien lea con detenimiento este último, quedará convencido, además, de que el autor, de por sí, está inmunizado contra los hábitos pícaros. Otro agudo estudio de Maravall se refiere a la evolución de la idea de felicidad en la Historia, en interdependencia con otras muchas circunstancias de la humanidad. Con todas esas concepciones consiguió deshacer muchos tópicos que venían adulterando la historia; por ejemplo, el del llamado «tempo o tiempo histórico».

Cuando surgió la arisca e inolvidable polémica entre don Américo Castro y don Claudio Sánchez Albornoz, Maravall discutió con tino, serenidad y elegancia algunos asertos del primero; pero lo hizo evitando toda posible ruptura de la civilidad y dejando, por el contrario, un residuo de respeto y de afecto que se puso de relieve en la correspondencia entre ellos cruzada.

Maravall poseía muy altos conocimientos sobre historia del arte y en ellos encontró fundamento para muchos de sus más definitivos hallazgos sociológicos e históricos, y no deja de sorprender que algunos autores omitan su cita en trabajos o capítulos redactados siguiendo su patrón. Por su gran erudición sobre el teatro, las fiestas, las diversiones y las «invenciones» del barroco, pudo proporcionarme datos muy precisos para un trabajo sobre la Romería del Sotillo o Fiesta de Santiago el Verde, de Madrid, que yo publiqué.

En 1950 organicé en Torreldones dos reuniones consecutivas para comentar unos documentos autobiográficos de Antonio Machado que me había regalado Azorín. Maravall expuso allí una perspicaz interpretación personal del gran poeta criticando con violencia a los desgraciados enemigos de éste.

Antes de terminar quiero resaltar dos detalles que dicen mucho de su personalidad. Uno, en relación con su maestro don José Ortega y Gasset, que en 1936 le abriera las puertas de la *Revista de Occidente*. Coincidiendo en el tiempo con las ardientes y apologéticas defensas que de Ortega hacía su también gran discípulo Julián Marías, frente a un insensato y ultramontano dominico, Maravall publicó un librito, *Ortega en nuestra situación* (Madrid, 1959, Taurus) que en pocas páginas puso en su verdadero sitio los valores del maestro, corrigiendo a quienes consideraban a Ortega como anticatólico sin otra base que la malevolencia. El otro viene marcado por su reacción moderada ante alguien que frívolamente le incluyó, con la misma alevosa ligereza que a otros, en el escalafón de los escritores fascistas. Tuve la oportunidad de conocer los alegatos que pensaba esgrimir

para contrarrestar en privado la acusación inmerecida, sin salirse de las reglas de una correcta urbanidad.

Pues bien, la mayor parte de la enorme actividad de Maravall —¿de dónde sacaba tiempo y temple para articular y redactar sus trabajos?— la desarrolló estando muy enfermo. No faltó al secreto profesional recordando que tres infartos (en el cuarto y último mi invalidez me impidió abrazarle) fueron jalonando de sufrimiento los últimos años de su existencia; pero nada le alejaba de las ocupaciones que tuviera en marcha. Me consta que explicó lecciones en España, Francia y Estados Unidos en plenas crisis estenocárdicas. En los momentos más graves de su enfermedad discurría impertérrito por el terreno que estuviera desbrozando, siempre bajo la amorosa custodia de su esposa.

Al comienzo decía que las amistades se decantan solas, pero siempre se apoyan en afinidades afectivas e intelectivas. Maravall entregaba con entusiasmo su material humano al estudio, y su corazón a ese tipo de amistad que Laín, atinadamente, calificó de ascética. Queda su obra como testimonio apasionado de una labor científica que en el futuro será consultada y citada; y su ejemplo, como aguijón para los que puedan emularle.

Francisco Vega Díaz

Con Francisco Vega Díaz,
Luis Rosales y Domingo
García Sabell en Torrelodo-
nes. 1968

